

13. Los peligros de la prosperidad

Review and Herald, 14 de diciembre de 1905

En medio de la maravillosa prosperidad de Salomón, acechaba el peligro. Los pecados de los últimos años de su padre David, aunque sinceramente arrepentidos y duramente castigados, habían envalentonado al pueblo en la transgresión de los mandamientos de Dios.

A través de la asociación con las naciones circundantes, influencias malignas fueron permeando gradualmente el reino que había sido tan notablemente bendecido. A Dios no se le consultaba. La riqueza, con todas sus tentaciones, llegó en los días de Salomón a un número rápidamente creciente de personas.

«El rey hizo en Jerusalén la plata y el oro tan abundantes como las piedras, y los cedros los hizo tan numerosos como los sicómoros del valle» (2 Crónicas 1:15).

A lo largo de los siglos, las riquezas y el honor han estado acompañados de mucho peligro para la humildad y la espiritualidad. Es cuando un hombre prospera, cuando todos sus semejantes hablan bien de él, que se encuentra en un peligro especial.

El hombre es humano. La prosperidad espiritual continúa solo mientras el hombre dependa totalmente de Dios para la sabiduría y la perfección del carácter. Y aquellos que sienten más su necesidad de dependencia de Dios son generalmente los que tienen la menor cantidad de tesoros terrenales y honor humano de los que depender.

La alabanza del hombre

Hay peligro en el otorgamiento de ricos dones o de palabras de alabanza a los instrumentos humanos. Aquellos que son favorecidos por el Señor necesitan estar constantemente en guardia, para que el orgullo no surja y obtenga la supremacía.

Aquel que tiene un seguimiento inusual, aquel que ha recibido muchas palabras de alabanza de los mensajeros del Señor, necesita las oraciones especiales de los fieles vigilantes de Dios, para que pueda ser protegido del

peligro de albergar pensamientos de autoestima y orgullo espiritual. Nunca debe tal hombre manifestar importancia personal, ni intentar actuar como dictador o gobernante. Que vigile y ore, y mantenga su mirada fija únicamente en la gloria de Dios.

Cuando su imaginación se aferra a las cosas invisibles y contempla el gozo de la esperanza que tiene delante —incluso el precioso don de la vida eterna—, la alabanza de los hombres no llenará su mente con pensamientos de orgullo. Y en momentos en que el enemigo hace esfuerzos especiales para arruinarlo con la adulación y el honor mundano, sus hermanos deben advertirle fielmente de sus peligros; porque, si se le deja solo, será propenso a cometer errores y a revelar fragilidades humanas.

En los días de Salomón, como en los nuestros, los mismos que alababan, adulaban y glorificaban al hombre de habilidad eran los que no reconocían ni glorificaban a Dios por las bendiciones que les otorgaba a través de la instrumentalidad humana. Alababan al hombre; Dios era deshonrado; y pronto el Señor encontró que el vaso que había ordenado y usado en su servicio sagrado, se estaba volviendo impuro.

Los sentimientos, el espíritu y la semejanza del hombre natural comenzaron a aparecer, y aquel que una vez hacía la voluntad de Dios, se corrompió por la exaltación humana. Luego, la debilidad y fragilidad del hombre se revelaron por la elección de amigos imprudentes, cuyo curso ayudó al tentador a entrapar al hombre. El Señor le permitió ser entrampado porque no quiso ser aconsejado; quería seguir su propio camino.

Fortaleza en el servicio

El Señor coloca a los hombres en posiciones de responsabilidad para llevar a cabo no su propia voluntad, sino la voluntad de Dios. Él da sabiduría a aquellos que lo buscan y que dependen de Él como su consejero. Mientras los hombres representen los puros principios de su gobierno, Él continuará bendiciéndolos y manteniéndolos como sus instrumentos para llevar a cabo sus propósitos con respecto a su pueblo. Él coopera con aquellos que cooperan con Él.

Es de interés para todos los que participan en el servicio de Dios, trabajar con exactitud y fidelidad; porque con claridad debe revelarse la línea de demarcación que separa a su pueblo de los habitantes del mundo. Quien permanece fiel a los principios nunca será abandonado por el Señor para volverse débil y desanimado.

La palabra del Señor a Salomón es aplicable a todo hombre que consiente en asumir responsabilidades en cualquier lugar de la obra del Señor. La fortaleza de carácter debe ser honrada por aquellos que afirman guardar los mandamientos y estatutos de Dios. Los cargos solemnes, las súplicas y las promesas, tan grandes y completas, que se hicieron a Salomón, se hacen a todo hombre que ocupe su lugar y posición para hacer la obra que Dios le ha encomendado.

En el valle de la humillación

No es la copa vacía la que tenemos problemas en llevar; es la copa llena hasta el borde la que debe ser cuidadosamente equilibrada. La aflicción y la adversidad pueden causar muchos inconvenientes y traer una gran depresión; pero es la prosperidad lo que es peligroso para la vida espiritual. A menos que el ser humano esté en constante sumisión a la voluntad de Dios, a menos que sea santificado por la verdad y tenga la fe que obra por el amor y purifica el alma, la prosperidad seguramente despertará la inclinación natural a la presunción.

Nuestras oraciones deben ser ofrecidas principalmente por los hombres en altos cargos. Necesitan las oraciones de toda la iglesia, porque se les confía prosperidad e influencia.

En el valle de la humillación, donde los hombres dependen de Dios para que les enseñe y guíe cada uno de sus pasos, hay una seguridad comparativa. Pero que todo aquel que tenga una conexión viva con Dios ore por los hombres en posiciones de responsabilidad, —por aquellos que están en un elevado pináculo y que, debido a su posición exaltada, se supone que tienen mucha sabiduría.

A menos que tales hombres sientan su necesidad de un Brazo más fuerte que el brazo de carne en el cual apoyarse, a menos que hagan de Dios su dependencia, su visión de las cosas se distorsionará y caerán.